

SOÑAR ES ASUNTO PRIVADO

ISAAC ASIMOV

Jesse Weill alzó la vista de su mesa. En su viejo y enjuto cuerpo, su afilada nariz de elevado puente, sus ojos hundidos y sombríos y sus asombrosas greñas blancas, había quedado estampada, por decirlo así, la marca registrada de Sueños Limitada, durante los años en que la sociedad se había hecho mundialmente famosa.

—¿Ha llegado ya el muchacho, Joe? —preguntó.

Joe Dooley era de baja estatura y cuerpo recio. Un cigarro descansaba flojamente en su húmedo labio inferior. Lo apartó por un instante y contestó:

—Sus padres le acompañan. Todos están muy asustados.

—¿Está seguro de no cometer un error, Joe? No dispongo de mucho tiempo... —Consultó su reloj—. Debo atender un asunto del gobierno a las dos...

—Absolutamente seguro, doctor Weill. —El rostro de Dooley era todo un poema de seriedad, y sus carrillos temblaron con persuasiva intensidad—. Como le dije, lo capté mientras jugaba a una especie de baloncesto en el patio de la escuela. Debiera usted haberle visto. Apeataba. Cuando ponía las manos en la pelota, su propio equipo tenía que apartarse rápidamente. Y sin embargo, adoptaba todas las posturas de un jugador de primera. ¿Comprende lo que quiero decir? Para mí es un punto y aparte.

—¿Le habló?

—Pues claro. Le abordé a la hora de la merienda. Ya me conoce... —Dooley dibujó un amplio ademán con su cigarro, recogiendo la ceniza esparcida con la otra mano—. Mira, muchacho, le dije...

—¿Y cree que constituye material soñador?

—Le dije: Mira, muchacho, acabo de llegar de África y...

—Está bien. —Weill le contuvo alzando la mano con la palma hacia arriba—. Su palabra me basta. No sé cómo se las arregla, pero, puesto que lo afirma, apostaré a que el muchacho es un soñador en potencia. Tráigamelo.

El muchacho entró, enmarcado por sus padres. Dooley acercó sillas, y Weill se puso en pie para estrechar sus manos, sonriendo al chico de manera que las arrugas de su cara se convirtieron en surcos benévolos.

—¿Te llamas Tommy Slutsky?

Tommy asintió sin pronunciar palabra. Parecía tener unos diez años y era bastante bajo para su edad. Su negro pelo estaba inverosímilmente pegado y su cara limpia hasta un punto irreal, casi refregada y bruñida.

—¿Eres un buen chico? —preguntó Weill.

La madre del muchacho sonrió al punto, palmoteo la cabeza de su hijo (gesto que no suavizó la ansiosa expresión del muchacho) y respondió en su nombre:

—Siempre ha sido un chico muy bueno.

Weill decidió olvidar sus dudas.

—Dime, Tommy —dijo, tendiendo al pequeño un caramelo, que éste miró primero dudoso y luego aceptó—. ¿Has oído alguna vez un sueño?

—Pues sí, algunas veces —respondió Tommy con voz atiplada.

El señor Slutsky carraspeó. Era hombre de anchas espaldas y gruesos dedos, un labrador típico que, para confusión de la eugenesia, había engendrado a un soñador.

—Alquilamos uno o dos para el chico. De los antiguos de verdad...

Weill asintió.

—¿Te gustan, Tommy?

—Bueno, son bastante tontos...

—Tú te los imaginas mejores, ¿verdad?

La sonrisa que se dibujó en la cara del chiquillo produjo el efecto de hacer que se desvaneciera en parte la irrealidad del lustroso pelo y el relavado rostro.

Weill prosiguió afablemente.

—¿No querrías contarme uno de tus sueños?

—Creo que no —respondió Tommy, al punto embarazado.

—No te costará ningún trabajo... Verás, es muy fácil. Joe...

Dooley apartó una pantalla de la pared y puso al descubierto un registrador de sueños. El niño lo miró como una lechuza.

Weill alzó el casco y lo acercó al muchacho.

—¿Sabes lo que es esto?

—No —respondió Tommy, echándose hacia atrás.

—Es un pensador. Lo llamamos así porque las personas piensan dentro de él. Se lo pone uno en la cabeza y se piensa lo que se quiere...

—¿Y qué pasa entonces?

—Pues nada en absoluto. Produce una sensación agradable.

—No —rechazó Tommy—. Prefiero no probarlo.

Su madre se inclinó presurosa hacia él.

—No te hará daño, Tommy. Haz lo que dice este señor.

En su voz asomaba un inconfundible tono de mando. Tommy se irguió y pareció como si deseara echarse a llorar y no pudiese. Weill le colocó el casco, muy despacio y con gran suavidad. Aguardó por espacio de treinta segundos antes de hablar de nuevo, a fin que el chico se asegurara que no hacía daño alguno y se acostumbrara al insinuante toque de las fibrillas contra las suturas de su cráneo (penetraban en la piel tan tenuemente como para resultar casi insensible) y, por último, para que se habituara también al tenue zumbido de los vórtices de los campos alternos.

—¿Quieres pensar ahora para nosotros? —pidió luego.

—¿Sobre qué?

Sólo se divisaban su nariz y su boca.

—Sobre lo que quieras. ¿Qué te gustaría hacer al salir de la escuela?

—¿Volar en un reactor estratosférico? —aventuró el muchacho tras pensar unos instantes y con animada inflexión de tono.

—¿Y por qué no? Seguro. Ya vas en un reactor. Ahora mismo despega.

Dirigió una breve seña a Dooley, quien puso en marcha el congelador.

Weill tuvo sometido a prueba al muchacho sólo durante cinco minutos y luego le hizo salir del despacho con su madre, escoltados ambos por Dooley. Tommy parecía desconcertado por la prueba, pero incólume.

—Y ahora, señor Slutsky —dijo Weill al padre del chiquillo—, si el resultado de esta prueba es positivo, nos será grato abonarle quinientos dólares por año hasta que termine la enseñanza previa. Durante ese tiempo, sólo pedimos que el niño acuda una hora por semana, en la tarde que prefieran a nuestra escuela especial.

—¿Tengo que firmar algún papel? —preguntó Slutsky con la voz un poco ronca.

—Desde luego. Estamos hablando de negocios, señor Slutsky.

—Bien, no lo sé... Según tengo entendido, los soñadores son difíciles de encontrar.

—En efecto. Pero su hijo, señor Slutsky, aún no es un soñador. Quizá no lo sea nunca. Quinientos dólares al año significan una apuesta para nosotros, no para usted. Cuando haya terminado el bachillerato, puede darse el caso que no sirva. Pero usted no habrá perdido nada. Al contrario, habrá ganado en total unos cuatro mil dólares. Y si es un soñador, disfrutará de una vida magnífica y, ciertamente, tampoco en este caso habrá perdido usted nada.

—Necesita un adiestramiento especial, ¿cierto?

—Desde luego, muy intenso. Sin embargo, no debemos preocuparnos por eso hasta que acabe el bachillerato. Luego, tras dos años con nosotros, se desarrollará. Confíe en mí, señor Slutsky.

—¿Garantiza usted ese adiestramiento especial?

Weill, que había empujado un papel a través de la mesa y le tendía a Slutsky una pluma, la dejó y rió entre dientes:

—¿Una garantía? No. ¿Cómo podemos darla si aún no estamos seguros que posea un verdadero talento? No obstante, siguen en pie los quinientos dólares al año para usted.

Slutsky recapacitó y meneó la cabeza.

—Le hablaré con franqueza, señor Weill... Después que convinimos con su empleado en vernos aquí, llamé a otra sociedad y me dijeron que me ofrecerían la garantía.

Weill suspiró.

—Mire, señor Slutsky, no me gusta hablar contra un competidor. Si le dijeron que garantizarían la instrucción, lo harán. Pero no pueden convertir en soñador a un muchacho si no ha nacido para eso, con instrucción o sin ella. Si toman a su cargo un muchacho que no posee el talento verdadero y lo someten a un curso de desarrollo, lo destrozarán. No llegará a soñador, se lo aseguro. Y nunca volverá a ser una persona normal. No corra el riesgo que le ocurra algo así a su hijo. Sueños Limitada, en cambio, se mostrará absolutamente sincera. Si tiene madera de soñador, haremos uno de él. En caso contrario, se lo devolveremos sin entrometernos y le diremos: «Hágale aprender un oficio». De este modo, será mejor y más saludable para él. Se lo aseguro, señor Slutsky... Y puesto que tengo hijos y nietos, sé muy bien de qué hablo... Yo no permitiría que destinasen uno de los míos a los sueños en caso de no ser apto para ello. Ni por un millón de dólares.

Slutsky se secó la boca con el dorso de la mano y la extendió para tomar la pluma.

—¿Qué dice el documento?

—Se trata de una opción. Le pagaremos a usted cien dólares en efectivo ahora mismo, tras la firma. No hay ningún compromiso. Estudiaremos la ensoñación del chico. Si opinamos que merece la pena proseguir, le volveremos a llamar y estableceremos el contrato definitivo, sobre la base de quinientos dólares anuales. Póngase confiadamente en mis manos, señor Slutsky, y no se preocupe. No le pesará en absoluto.

Slutsky firmó. Weill pasó el documento a través de la ranura del archivo y le tendió un sobre al primero.

Cinco minutos después, ya solo en el despacho, se colocó el descongelador en la cabeza y procedió a absorber intensamente la ensoñación del muchacho. Una típica ilusión infantil en primera persona. El protagonista manejaba los mandos del avión, el cual semejaba una combinación de ilustraciones extraídas de los seriales filmados, que circulaban aún entre aquellos que no disponían de tiempo, afición o dinero para adquirir cilindros de sueños.

Cuando se quitó el descongelador, vio que Dooley le estaba observando.

—¿Y bien, señor Weill, qué opina? —le preguntó con cierta avidez, dándose aires de propietario.

—Podría ser, Joe, podría ser. Tiene los armónicos, lo cual me parece esperanzador en un muchacho de diez años sin ningún entrenamiento. Cuando el avión atravesó una nube, hubo una clara sensación de almohadas. También un olor a sábanas limpias, lo cual supone un toque divertido. Seguiremos con él, Joe.

—Bien.

—Pero se lo repito, Joe, necesitamos descubrirlos aún más pronto. ¿Y por qué no? Algún día, Joe, cada criatura será comprobada al nacer. Tiene que existir forzosamente una diferencia en su cerebro, una diferencia que debería ser hallada. Así separaríamos los soñadores ya desde el principio.

—¡Diablos, señor Weill! —protestó Dooley, con aire dolido—. ¿Qué sería entonces de mi trabajo?

Weill rió.

—No hay motivo de preocupación todavía, Joe. No sucederá en toda nuestra vida. Por lo menos, no en la mía. Durante muchos años, dependeremos de los descubridores de talentos como usted. Siga vigilando playas y calles. —La mano de Weill se apoyó en el hombro de Dooley con amable gesto de aprobación—. Encuétrenos más muchachos y la competencia no nos alcanzará... Ahora retírese. Voy a comer y disponerme para mi cita de las dos. El gobierno, Joe, el gobierno... —terminó, con un gesto de impotencia.

El visitante que Jesse Weill esperaba a las dos era un hombre joven, de mejillas de manzana, gafas, pelo rojizo y la resplandeciente energía de la persona encargada de una misión oficial. Tendió a Weill sus credenciales a través de la mesa, a la par que se anunciaba como John J. Byrne, delegado del Ministerio de Artes y Ciencias.

—Buenas tardes, señor Byrne —le saludó Weill—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Estamos en privado aquí? —preguntó el agente, con insospechada voz de barítono.

—Completamente en privado.

—Entonces, si no le importa, voy a pedirle que examine esto.

Byrne le presentó un cilindro pequeño y bastante estropeado, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

Weill lo tomó, lo sopesó, lo miró y remiró por uno y otro lado y dijo con una sonrisa que mostró toda su dentadura:

—No es producto de Sueños Limitada, señor Byrne.

—No pensé que lo fuera —asintió el delegado—. Sin embargo, me gustaría que lo examinara. He puesto el interruptor automático para cosa de un minuto, creo.

—¿Es todo cuanto puede resistir?

Weill metió el cilindro en el compartimento descongelador, limpió ambos extremos de aquél con el pañuelo y probó.

—No hace buen contacto. Se trata del trabajo de un aficionado.

Se colocó en la cabeza el casco descongelador acolchado, ajustó los contactos de las sienas, dispuso el interruptor automático y, recostándose en su butaca con las manos cruzadas sobre el pecho, comenzó el proceso de absorción.

Sus dedos se tornaron rígidos y se asieron a sus solapas. Una vez que el interruptor funcionó, tras haberse realizado la absorción, se quitó el descongelador. Parecía algo enojado.

—Una pieza muy burda —afirmó—. Por suerte, soy viejo. Estas cosas ya no me molestan.

Byrne anunció con tiesura:

—No es lo peor que hemos encontrado. Y al parecer, la manía va en aumento.

—Desvaríos pornográficos... —comentó Weill—. Una evolución lógica, supongo.

—Lógica o no —replicó el representante del gobierno—, representa un peligro de muerte para la salud moral de la nación.

—La salud moral de la nación puede soportar un buen vapuleo —repuso Weill—. A lo largo de la historia, el erotismo ha circulado en sus diversas manifestaciones.

—No de ese modo, señor. Un estimulante directo, de cerebro a cerebro, es más efectivo que las historias de fumadero o las películas obscenas. Estos últimos procedimientos deben abrirse paso a través de los sentidos y pierden algo de su efecto por el camino. El otro, en cambio, es directo, como digo.

Weill consideró que, en efecto, tal argumento no resultaba discutible, por lo que se limitó a preguntar:

—¿Bien, ¿qué desea usted de mí?

—¿Podría sugerirnos la posible procedencia de este cilindro?

—Señor Byrne, no soy policía.

—No, no me refiero a eso. No le pido que trabaje para nosotros. El ministerio es lo bastante capaz para efectuar sus propias investigaciones. Pero usted puede ayudarnos, quiero decir mediante su competencia especializada. Acaba de afirmar que su casa no lanzó esta porquería. ¿Quién cree usted que lo hizo?

—Ningún distribuidor de ensueños respetable, estoy seguro. Es un producto muy toscamente elaborado.

—Tal vez se haya hecho así adrede.

—Y pienso, además, que no lo ideó ningún soñador original —añadió Weill.

—¿Está usted seguro, señor Weill? ¿No podrían los soñadores hacer algo de este género simplemente por dinero..., o bien por simple diversión?

—Podrían, pero no algo así. No armoniza. Es bidimensional. Desde luego, una cosa semejante tampoco necesita armónicos.

—¿Qué entiende usted por armónicos?

Weill rió afablemente:

—¿No es usted aficionado al ensueño?

Byrne trató de no parecer un puritano, aunque no lo logró por completo.

—Prefiero la música —dijo.

—Bueno, eso no le desmerece —manifestó tolerante Weill—, pero hace un tanto más difícil la explicación de los armónicos. Ni siquiera las personas que absorben sueños sabrían explicárselo si les interrogara sobre la cuestión. Sin embargo, saben que una ilusión no resulta buena si le faltan los armónicos, pese a ser incapaces de decir porqué. Mire, cuando un soñador experimentado entra en estado de ensueño, no se imagina una historia, como las de la anticuada televisión o las películas, sino que tiene una serie de breves visiones, cada una de las cuales presenta distintos significados. Estudiándolas atentamente, se hallarían hasta cinco o seis. No se advierten en una absorción corriente, pero un cuidadoso estudio lo demuestra. Créame, mi personal psicológico emplea muchas horas precisamente en ese punto. Todos los armónicos, los diferentes significados, se amalgaman en una masa de emoción encauzada. Sin ellos, todo aparecería monótono, soso, insípido. Esta misma mañana probé a un chiquillo de diez años que presenta posibilidades. Para él, una nube es una nube y al mismo tiempo una almohada. Las dos sensaciones simultáneas superan a la suma de ambas por separado. Desde luego, el chico se encuentra en una etapa muy primitiva. Pero cuando acabe su período escolar, será adiestrado y disciplinado. Se le someterá a todo tipo de sensaciones. Almacenará experiencia. Estudiará y analizará ensueños clásicos del pasado. Aprenderá cómo controlar y dirigir sus pensamientos, a pesar que... Mire, siempre he dicho que cuando un buen soñador improvisa...

Weill se detuvo bruscamente. Luego, prosiguió en tono menos apasionado:

—No debería excitarme tanto. Pretendo darle a entender que cada soñador profesional tiene su propio tipo de armónicos, que no puede disimular. Para un experto, es como si firmase sus ensueños. Y yo, señor Byrne, conozco todas las firmas. Ahora bien, esta pieza obscena que me ha traído usted carece por completo de armónicos. Fue hecha por una persona vulgar. Un pequeño talento quizá, pero como el suyo o el mío... Realmente, no puede pensar.

Byrne enrojeció un tanto.

—Muchas personas pueden pensar, señor Weill, aunque no forjen ensueños —repuso.

—¡Oh, vamos! —le calmó Weill, agitando su mano en el aire—. No se enoje por las palabras de un viejo. No me refiero a la razón, sino al tipo de pensamiento que se da en el sueño. Todos poseemos la capacidad de soñar en cierto grado, del mismo modo que poseemos la de andar y correr. ¿Pero podemos usted y yo correr dos kilómetros en cuatro minutos? Usted y yo hablamos, ¿pero somos grandes oradores? Mire, cuando pienso en un bistec, pienso en la palabra. Acaso tenga una rápida imagen de un bistec a la plancha en un plato. Quizás usted disfrute de una mejor representación, viendo la rizada grasa, y las cebollas tiernas en derredor, y las patatas fritas, bien doradas. No lo sé. Pero un soñador... la ve, la huele, la paladea, y se imagina todo acerca de ella, desde las brasas donde fue asada hasta la satisfecha sensación en el estómago, la manera cómo la corta el cuchillo y otros cien detalles, todo al instante, fundidos y casi amalgamados. Muy sensual. Muy sensual. Usted y yo no lo conseguiríamos.

—Bien, en ese caso, queda convenido que ningún soñador profesional puede haber fabricado esto. De todos modos, algo es algo —dijo Byrne, metiendo el cilindro en el bolsillo interior de su chaqueta—. Espero que dispondremos de su completa colaboración para barrer esta inmundicia y extinguir su foco.

—Desde luego, señor Byrne, y de todo corazón.

—Así lo espero. —Byrne hablaba con la conciencia de un mandatario del poder—. No es a mí a quien toca decir lo que se debe hacer o no, señor Weill, pero este género de cosas —y se dio una palmada en el bolsillo donde había guardado el cilindro— hará tremendamente tentadora la imposición de una censura muy estricta sobre los ensueños... —Se puso en pie—. Bien, buenos días, señor Weill.

—Buenos días, señor Byrne. Espero sus noticias en sentido favorable.

Francis Belanger irrumpió en el despacho de Jesse Weill a todo vapor, como de costumbre, con su rojo cabello en desorden y la preocupación marcada en el rostro, un tanto sudoroso. Le chocó al punto la visión de Weill, con la cabeza apoyada en el brazo doblado y el cuerpo inclinado sobre la mesa, apareciendo en primer plano el brillo de su blanco pelo.

—¿Patrón? —dijo Belanger, después de tragar saliva.

—¿Ah, es usted, Frank? —respondió Weill, alzando la cabeza.

—¿Qué sucede, patrón? ¿Está enfermo?

—Soy lo bastante viejo para estarlo, pero todavía sigo en pie. Tambaleándome, pero en pie. Un delegado del gobierno ha venido a visitarme.

—¿Qué quería?

—Nos ha amenazado con la censura. Ha traído una muestra de lo que está pasando. Sueños de baja estofa para reuniones de bebedores.

—¡Santo cielo! —exclamó Belanger impresionado.

—El único trastorno radica en que la moral constituye un buen pasto para una campaña. Lo irán remachando por todas partes. Y a decir verdad, somos vulnerables, Frank.

—¿Lo somos de veras? Fabricamos un género limpio. Tocamos la cuerda de la aventura y el romance.

Weill plegó hacia abajo el labio inferior, y su frente se arrugó.

—Entre nosotros, Frank, no estamos obligados a creerlo a pies juntillas. ¿Limpio? Depende de cómo se mire. Quizá no sea como para una notificación oficial, pero tanto usted como yo sabemos que todo ensueño tiene sus connotaciones freudianas. No me lo negará...

—Desde luego, si lo considera así... Para un psiquiatra...

—Para una persona corriente también. El observador vulgar no advierte que existen, y quizá no sepa distinguir un símbolo fálico de una imagen materna aunque se le indique. Sin embargo, su subconsciente lo sabe. Y son las connotaciones las que forman el acompañamiento de muchos ensueños.

—Está bien. ¿Y qué piensa hacer el gobierno? ¿Limpiar los subconscientes?

—Todo un problema. No sé lo que harán. A nuestro favor, y con eso cuento principalmente, está el hecho que al público le encantan sus sueños y no renunciará a ellos... Bien, y entretanto..., ¿qué le trae por aquí? Supongo que querría verme para algo.

Belanger arrojó un objeto sobre la mesa y se remeti6 la camisa en los pantalones.

Weill abrió la cubierta de reluciente plástico y sacó el cilindro que contenía, el cual llevaba inscrita en un extremo, en color azul pastel, la mención: *A lo largo de la senda del Himalaya*, y la marca de la sociedad competidora, El Pensamiento Brillante.

—Producto de la competencia —corroboró Weill con los labios apretados—. Aún no ha sido publicado. ¿De dónde lo ha sacado, Frank?

—No importa. Únicamente deseo que lo examine.

Weill suspiró.

—Parece que hoy todo el mundo desea que yo absorba sueños. Frank, ¿no será pornografía?

Belanger respondió con impertinencia:

—Tiene sus símbolos freudianos. Angostas grietas profundas entre los picos montañosos. Espero que no le desazone.

—Soy un viejo. Dejé de desazonarme hace años. Sin embargo, lo que me ha presentado el representante del gobierno era de tan baja calidad que asqueaba... Bien, veamos lo que me ha traído usted.

De nuevo el registrador. Otra vez el descongelador sobre el cráneo y las sienes. Sólo que, en esta ocasión, Weill se quedó arrellanado en su butaca por espacio de quince minutos, o tal vez más, mientras Francis Belanger consumía un par de cigarrillos.

Cuando Weill se despojó de su casco, parpadeando, Belanger preguntó:

—Bien, ¿cuál es su reacción, patrón?

Weill frunció el entrecejo.

—No corresponde a mi estilo. Demasiado repetitivo. Con una competencia como ésta, Sueños Limitada no tiene nada que temer por algún tiempo.

—En eso comete un error, patrón. El Pensamiento Brillante ganará con un género como éste. Debemos hacer algo.

—Escuche, Frank...

—No, escúcheme usted a mí. El porvenir está en esto.

—¿En esto? —Weill se quedó mirando el cilindro con aire de semiburlona duda—. Un trabajo de aficionados, puramente repetitivo. Sus armónicos carecen de sutilidad. La nieve presenta un definido sabor a sorbete de limón. ¿Quién saborea ya un sorbete de limón en la nieve en nuestros días, Frank?

En los tiempos antiguos, sí. Hace veinte años, acaso. Cuando Lyman Harrison compuso sus *Sinfonías de la Nieve* para la venta en el sur, fue una gran cosa. Sorbete, y cimas montañosas acarameladas, y riscos y laderas cubiertos de chocolate. Una especie de tarta plástica, Frank. Pero en nuestros días, eso ya no funciona.

—No va usted a tono con los tiempos, patrón —repuso Belanger—. Le hablaré con toda sinceridad. Cuando comenzó con este negocio, cuando adquirió las patentes y empezó a lanzarlas, los ensueños significaban un producto de lujo. El mercado era reducido e individual. Uno podía permitirse producir ensueños especializados y venderlos al reducido público a elevados precios.

—Lo sé —asintió Weill—. Y eso lo hemos mantenido. Pero también hemos creado un negocio rentable con productos para las masas.

—Sí, es cierto, pero resulta insuficiente. Nuestros sueños tienen sutileza, sí. Y pueden ser utilizados en forma reiterada. A la décima vez, se hallan en ellos nuevas cosas, producen todavía un nuevo placer. ¿Pero cuántos verdaderos entendidos hay? Y otra cosa además. Vendemos un género sumamente individualizado. En primera persona.

—¿Y bien?

—Pues que El Pensamiento Brillante está abriendo salas de ensoñación. Han inaugurado una en la ciudad de Nashville, con capacidad para trescientas plazas. Entra uno, se sienta, se coloca su casco y recibe su sueño, el mismo para cada uno de los asistentes.

—He oído hablar de la cuestión, Frank. Ya se hizo antes. No dio resultado la primera vez, y tampoco lo dará ahora. ¿Y quiere saber por qué? Porque, en primer lugar, el sueño es un asunto privado. ¿Le gustaría que su vecino supiese lo que está usted soñando? En segundo lugar, en una sala de ese tipo los ensueños deben ajustarse a un plan determinado, ¿no es así? Por lo tanto, el soñador no sueña cuando lo desea, sino cuando cualquier gerente decide que lo haga. Y por último, el sueño que complace a una persona, disgusta a la otra. Le garantizo que la mitad de las personas que ocupen esas trescientas butacas quedarán insatisfechas.

Lentamente, Belanger se enrolló las mangas de la camisa y se desabrochó el cuello.

—Patrón —dijo al fin—, usted desbarra. ¿De qué sirve demostrar que no dará resultado? *Ya* lo está dando. Hoy mismo, he oído que El Pensamiento Brillante ha adquirido un terreno para una sala de mil plazas en San Luis. A la gente se la puede acostumbrar al ensueño público, a aceptar que los demás tengan el mismo sueño. Y los soñadores se ajustarán a tenerlo en un momento dado, puesto que les resulta barato y conveniente. ¡Diablos, patrón! Se trata de una cuestión de tipo social. Un joven y una muchacha acuden a una sala de éstas y absorben cualquier romanticismo vulgar, con armónicos estereotipados y situaciones triviales. Sin embargo, al salir todavía les titilan las estrellas en el pelo. Han vivido juntos el mismo sueño. Han experimentado las mismas emociones, por muy chapuceras que sean. Se encuentran *a tono*, patrón. Apostaría cien contra uno a que vuelven a la sala de los sueños, y todas sus amistades también.

—¿Y si no les gusta el ensueño que se les presenta?

—Ahí está el quid de la cuestión, el meollo de todo el asunto. Debe gustarles forzosamente. Con una preparación especial y bien engranada, con efectos y más efectos de sorpresa en distintos niveles, con sabias pinceladas e impulsos significativos, con intencionados rodeos y giros, y todas las demás cosas de las que nos sentimos tan orgullosos, ¿cómo no atraer a cualquiera? Los ensueños especializados se destinan a gustos especiales. En cambio, El Pensamiento Brillante los produce en tercera persona, de modo que causan un instantáneo impacto en ambos sexos. Como el ensueño que acaba usted de absorber. Apuntan al más bajo denominador común. Quizá nadie se entusiasme con esos sueños, pero tampoco los detestará.

Weill permaneció silencioso durante largo rato, mientras Belanger le contemplaba. Por último, dijo:

—Frank, yo partí de la calidad y a ella me atengo. Quizá tenga usted razón. Tal vez las salas de ensueño signifiquen el futuro. De ser así, las abriremos también, pero presentaremos buen género. A lo mejor, El Pensamiento Brillante subestima a la gente vulgar. Deje que las cosas sigan su curso y no tema. He basado toda mi política en la teoría que siempre existe un mercado para la calidad. Y en ocasiones, muchacho, le sorprendería descubrir lo extenso que es ese mercado.

—Patrón...

El sonido de la comunicación interior interrumpió a Belanger.

—¿Qué hay, Ruth? —preguntó Weill.

—El señor Hillary, señor —respondió la voz de su secretaria—. Dice que desea verle en seguida. Afirma que es muy importante.

—¿Hillary? —La voz de Weill sonó sorprendida. Luego dijo—: Espere cinco minutos, Ruth, y envíemelo. —Se volvió a Belanger—: Decididamente, hoy no es uno de mis días buenos, Frank. El lugar de un soñador está en su hogar, con su pensador. Hillary, nuestro mejor soñador, debería por lo tanto estar en su casa. ¿Qué supone usted que le ocurre?

Belanger, rumiando aún en su pensamiento la cuestión de la competencia y las salas de ensoñación, replicó brevemente:

—Recíbale y lo descubrirá.

—Dentro de un minuto. Dígame... ¿Cuál fue su último sueño? No he examinado aún el de la semana pasada.

Belanger pareció caer de las nubes y arrugó la nariz.

—No tan bueno.

—¿Por qué no?

—Deshilvanado. Excesivamente entrecortado. No me importan las transiciones bruscas, ya lo sabe, dan animación. Pero debe haber cierta conexión, aunque sea tan sólo a un nivel profundo.

—¿Un fracaso total?

—Ningún sueño de Hillary es un fracaso *total*. Sin embargo, pienso que llevará bastante tiempo el editarlo. Lo recortamos un poco y encajamos algunas otras secuencias que nos envió de cuando en cuando... Ya sabe, escenas sueltas. Con todo, no pertenece a la categoría A, aunque pasará.

—¿Le dijo algo de esto a él, Frank?

—¿Cree que me he vuelto loco, patrón? ¿Cree que voy a decirle algo desagradable a un soñador?

En el mismo momento, se abrió la puerta, y la atractiva y joven secretaria de Weill introdujo con una sonrisa a Sherman Hillary en el despacho de su jefe.

Sherman Hillary, de treinta y un años de edad, habría sido reconocido como un soñador por cualquiera. Sus ojos, sin gafas, presentaban el mirar velado de la persona que las necesita o que raras veces se fija en algo mundano. Era de mediana estatura, poco peso, con pelo negro que precisaba un buen corte, débil mentón, tez pálida y expresión turbada.

—Hola, señor Weill —musitó, saludando con la cabeza un tanto avergonzado, en dirección a Belanger.

Weill dijo cordialmente:

—¿Sherman, muchacho, qué buen aspecto tiene! ¿Qué le sucede? ¿Un sueño que se está cocinando en su casa? ¿Alguna preocupación al respecto...? Vamos, tome asiento...

El soñador obedeció, sentándose en el borde de la silla, con las piernas muy juntas, como dispuesto a levantarse al punto obedeciendo a una posible orden.

—Señor Weill, he venido a comunicarle que les dejo.

—¿Que nos deja?

—Sí, señor Weill, no deseo soñar más.

El arrugado rostro de Weill representó más edad que en cualquier otro momento de aquel atareado día.

—¿Y por qué, Sherman?

Los labios del soñador se apretaron con fuerza.

—Porque esto no es vivir, señor Weill —profirió bruscamente—. La vida pasa de largo por mi lado. Al principio, la cosa no iba tan mal. Incluso disponía de tiempo para descansar. Soñaba los atardeceres, los fines de semana en que tenía deseos de hacerlo o en cualquier otro instante en que me sentía dispuesto. Pero ahora, señor Weill, me he convertido en un veterano. Usted me dijo que soy uno de los mejores de la profesión, y la industria espera que mis productos contengan cada vez más sutilezas, que introduzca cambios en los antiguos de buena calidad, como ilusiones flameantes y sátiras artificiosas.

—¿Y quién mejor que usted, Sherman? Su pequeña secuencia de dirección de una orquesta se ha vendido sin interrupción durante diez años.

—De acuerdo, señor Weill, pues ya he cumplido. Lo hecho, hecho está, pero no quiero seguir. Descuido a mi mujer. Mi hija casi no me conoce. La semana pasada, fuimos a una cena a la que habían invitado a Sarah..., y no recuerdo nada de ella. Sarah dice que permanecí sentado todo el tiempo, con la mirada fija y canturreando. Luego lloró durante toda la noche. Estoy cansado de cosas como éstas, señor Weill. Quiero ser una persona normal y vivir en este mundo. Se lo prometí y yo lo deseo también. Por lo tanto, adiós, señor Weill.

Hillary se puso en pie y tendió desmañadamente su mano. Weill la apartó con suma amabilidad.

—Si desea irse y dejarnos, Sherman, no tengo nada que oponer. No obstante, espero que hará usted un favor a un viejo y me permitirá que le explique algo.

—No voy a cambiar de parecer —se obstinó Hillary.

—Ni tampoco pretendo que lo haga —repuso Weill—. Únicamente quiero aclararle algo. Soy viejo ya, como le he dicho. Entré en este negocio antes que usted naciera. Me gusta hablar sobre él. Por favor, Sherman, muéstrese condescendiente...

Hillary se sentó de nuevo. Se mordió el labio inferior y se miró con aire hosco las uñas.

—¿Sabe usted lo que es un soñador, Sherman? —comenzó Weill—. ¿Sabe lo que significa para la gente vulgar? ¿Sabe lo que supone ser una persona como yo, como Frank Belanger, como Sarah? ¿Tener una mente tullida, incapaz de imaginar, incapaz de construir? Las personas como yo, la gente vulgar, deseamos evadirnos también de nuestra propia vida, aunque sea por poco tiempo. Pero no podemos. Necesitamos ayuda. Antes había libros, obras de teatro, radio, películas, televisión... Puros artificios, pero no importaba. Lo importante era que, por un momento, se estimulaba la imaginación. Pensábamos en bellos amantes y maravillosas princesas. A través de ellos, podíamos ser arrogantes e ingeniosos, fuertes, capaces... En fin, todo lo que no éramos... Ahora bien, la transmisión de la ilusión del soñador a quien la captaba nunca resultaba perfecta. Debía ser traducida en palabras. El mejor soñador del mundo tal vez no fuese capaz de hacerlo. Y el mejor escritor del mundo quizá sólo cifraba en palabras una mínima parte de sus sueños. ¿Comprende? Ahora, en cambio, con la grabación del ensueño, éste queda al alcance de todo el mundo. Usted, Sherman, y un puñado de hombres como usted, suministran esos sueños directa y exactamente. Pasan sin intermediarios de su cerebro al nuestro, con toda su potencia. Sueñan ustedes para cien millones de seres a la vez. Y eso es una gran cosa, muchacho. Proporcionan a todas esas personas un vislumbre de lo que no saben obtener por sí mismos.

—Pero yo ya he cumplido... —balbuceó Hillary. Se puso en pie, lleno de desesperación—. Estoy agotado. No me importa lo que diga. Y si quiere demandarme por ruptura de contrato, hágalo. Tampoco me importa.

—¿Y por qué habría de demandarle? —repuso vivamente Weill, poniéndose de pie a su vez—. Ruth... —llamó por el intercomunicador—, haga el favor de traerme el contrato del señor Hillary.

Quedaron en silenciosa espera. Weill sonreía, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Apareció la secretaria con el contrato. Weill lo tomó y se lo mostró a Hillary.

—Sherman, muchacho, si no desea quedarse conmigo, no le forzaré a hacerlo.

Y de pronto, antes que Belanger llegara a iniciar siquiera un horrorizado movimiento para detenerle, rompió el contrato en cuatro pedazos y los arrojó a la papelerera.

—Solucionado —dijo lacónicamente.

La mano de Hillary se tendió hacia la de Weill para estrecharla, diciendo con voz ronca y grave:

—Siempre me trató usted bien, por lo que le estoy agradecido. Siento mucho que deban ser así las cosas.

—Está bien, muchacho, no se preocupe... Está bien.

Sherman Hillary se marchó casi lloroso, farfullando de nuevo su agradecimiento.

—¡Por todos los santos, patrón! ¿Por qué le ha dejado irse? —preguntó aturrido Belanger—. ¿Es que no ha visto el juego? Me parece que ha metido la pata... Seguro que Hillary se va derecho a El Pensamiento Brillante. Le han comprado...

Weill alzó una mano perentoria para atajar la verborrea de su empleado.

—Se equivoca. Se equivoca de medio a medio. Conozco bien a Hillary y ése no es en absoluto su estilo. Además —añadió secamente—, Ruth es una excelente secretaria y sabe lo que debe traerme cuando le pido el contrato de un soñador... Por lo tanto, rompí sólo una copia. El contrato auténtico continúa a buen recaudo, créame. De todos modos... ¡Vaya día que he pasado! Tuve que discutir con un padre para que me diese la oportunidad de formar un nuevo talento, con un representante del gobierno para evitar la censura, con usted para impedir que adoptara una política fatal y ahora con mi mejor soñador para que no nos abandone. Al padre, probablemente lo conquisté. Al representante del gobierno y a usted, lo ignoro. Tal vez sí o tal vez no. En cuanto a Sherman Hillary, no creo que haya problema alguno. El soñador volverá.

—¿Cómo lo sabe?

Weill sonrió. Sus mejillas se contrajeron hasta convertirse en una red de finísimas líneas.

—Mire, Frank, muchacho, entiende usted mucho de redactar y editar ensueños. Por eso, se cree que conoce todos los engranajes, herramientas y máquinas del oficio. Pero permítame que le diga algo. La más importante herramienta en el negocio del ensueño, la constituye el propio soñador. Hay que comprenderle a fondo... Y créame que yo les comprendo. Escuche, siendo yo joven (no había ensueños entonces), conocí a un individuo que escribía guiones para la televisión. Se quejaba con gran amargura que, cada vez que conocía a alguien y descubrían a qué se dedicaba, le decían: «¿Pero de dónde saca usted todas esas chifladuras...?» Para ellos resultaba de una absoluta imposibilidad incluso imaginárselas. Así pues, ¿qué podía responder mi amigo? Me habló muchas veces de eso. Me confiaba: «¿Cómo contestarles que no lo sé? Cuando me acuesto, la cantidad de ideas que me bullen en el cerebro me impiden el sueño. Cuando me afeito, me corto; cuando hablo, pierdo el hilo de lo que digo, y cuando conduzco..., arriesgo la vida. Y siempre, siempre a causa de las ideas, situaciones y diálogos que se entretajan y se agitan en mi cerebro. No sabría decirle de dónde saco mis ideas. En cambio, tal vez me pueda decir usted de qué truco se vale para *no* tenerlas. Tal vez así conseguiré por fin un poco de paz...» Ya ve entonces por dónde va la cosa. Usted, Frank, puede dejar

de trabajar aquí cuando quiera. Y también yo. Para nosotros esto significa nuestro trabajo, no nuestra vida. Las cosas son muy distintas para Sherman Hillary. Vaya donde vaya y haga lo que haga, siempre deberá soñar. Nosotros no le retenemos contra su voluntad... Nuestro contrato no le encierra tras unos muros de hierro. Es su propio cerebro el que le aprisiona, Frank. Volverá. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Belanger se encogió de hombros.

—Si lo que dice es verdad, lo siento por él.

Weill asintió melancólicamente.

—Y yo lo siento por todos ellos. En el curso de los años, he descubierto una cosa; que eso es lo que les corresponde: hacer felices a las personas. A *otras* personas.

FIN

Título Original: *Dreaming Is a Private Thing* © 1955.